ANALISIS ESPECTRAL DE MIGUEL LABORDETA

Pedro Laín Entralgo

Todos sabéis lo que es el análisis espectral. Se toma una pizca de tal sustancia química, se la pone incandescente y, mediante uno de aquellos brillantes aparatos metálicos que había en el laboratorio de Física de nuestro Instituto, se averigua cuáles son los colores elementales de la luz que emite. Hagamos otro tanto con nuestro hombre. No será preciso ponerlo incandescente; él lo está desde dentro de sí mismo. Su poesía es su luz. Descompuesta en sus colores elementales, ¿qué nos dice acerca de ella misma y de quien la creó? ¿Cuáles son esos colores y cuál la relación entre ellos y la persona de su autor?

Labordeta enunció en cierta ocasión lo que sus lectores encontrarían en él si quisieran reducirle a sus elementos poéticos y humanos: «Analizadme: tempestad, pasión, locura, glaciar, amor, saliva, aburrimiento, ordenanzas municipales, arrasadas colinas, morir y otra vez amor impío..., soledad con horchata de verano, océanos amargos y vida y juventud asesinada...». «Enorme soledad, bondad sin ira», dirá de él, en perfecto endecasílabo, su hermano y compañero. Y un amigo de juventud le recordará así: «Feroz y tierno, desgarrado, inconforme, anárquico, impaciente, cálido, burbujeante, corazón a punto de reventar, gesticulante, crítico, rebelde... Y sobre todo, libre».

Mucho menos próximo a la persona de Miguel Labordeta que el hermano, el amigo y, por supuesto, que el propio Miguel, sólo atenido a la luz de su ser, esto es, a su poesía, yo —desde mi birrete profesoral; uno de esos que él más de una vez satirizó— me atrevo a entender su condición de poeta y de hombre, de hombre-poeta y poeta-hombre, diría Unamuno, según estos cuatro parámetros: expresionismo, epicidad, personalismo y ansia de ultimidad. ¿Pedantesca manía de ordenar y etiquetar lo viviente y cambiante? No del todo, cuando Clemente Alonso Crespo,

su más autorizado intérprete, nos ha propuesto reducir la juvenil visión labordetiana del mundo —al menos la que el poeta declara en su «Poema del antropoide»— como «un cuadrilátero cuyos vértices estarían formados por Dios, Hombre, Verdad y Amor». Veamos.

I

Entiendo por *expresionismo* la voluntad artística de hacer patente, mediante un mínimo de elementos expresivos, y a través de los rasgos en que de modo más acusado y violento pueda manifestarse la realidad de una persona, un mundo o una situación, lo que tal realidad es para el artista y lo que éste quiere que sea para quien la contemple. Recuérdese un cuadro de Ensor, léase uno de los poemas en que Miguel Labordeta se enfrenta con lo que está viendo —por ejemplo, ése en que describe, su amarga y fugaz experiencia de Madrid: «La luna se va borrando/ casi ceñida por los espectros duros/ de restos de humo/ en horas pálidas recién fallecidas/ aún desorbitadas/ en la inmensidad celeste/ sin floridas púas/ ni guías telefónicas./ Se hace persistente una aguda quemazón/ de asesinar hermosos talles de acacias/ entre los lamentos de viejos gatos en celo/ dominados por el ardor/ de feas mujeres insatisfechas...»; tantos y tantos más, desde sus primeros poemas hasta sus ensayos de metalírica—, y se tendrá, hecho pintura o hecho palabra, un neto testimonio de voluntad expresionista.

Poco importa que los elementos descriptivos aparezcan en el poema de modo directo e inmediato, como cuando Labordeta recuerda los días de su infancia —«amarillentas fotografías tiernas», «jolgorios de aula y pelotas de trapo»—, o que, como casi siempre acontece, se nos muestren surrealistamente elaborados por su poderosa imaginación; y tampoco que el tema sea la cotidiana y tediosa realidad del pequeño mundo en torno a la apocalíptica cosmogénesis y cosmodestrucción, Eros y Thánatos compitiendo entre sí, del universo a que ese pequeño mundo pertenece. Lo esencial es, a mi juicio, la voluntad de suscitar en el lector la idea de que todo lo aparente es una trampa violentamente interpuesta entre lo que las cosas parecen ser y lo que podrían y deberían ser, y acaso no sean nunca.

Quiere esto decir que el surrealismo, motivo tan importante en la obra poética de Labordeta, es para él método y no meta, camino y no paradero. Su fuerte y reiterada tendencia a utilizar en sus poemas la resonancia subconsciente y automática de un vocablo o de una representación mental —esa «unión inusitada de palabras, metáforas y símbolos», tan frecuente en él, que Ble-

cua consigna, y que desde *Sumido 25* tanto ha asombrado a todos sus lectores—, no es un fin en sí misma, como en los más representativos poetas surrealistas, un André Bretón, por ejemplo; allende esa intención puramente estética, tal tendencia se halla ahora al servicio de una visión expresionista de la realidad y de la idea de ésta que el poeta concibe e intenta comunicar a los demás. Más que un ejercicio estético, el surrealismo de Labordeta es un camino hacia metas éticas y metafísicas. Que él mismo nos lo diga: «Poesía es reconocimiento. Camino del corazón-mente en su vuelo nocturno de amor y de ira sobre las aguas profundas del ser incomprensible». Y del ser deseable y no alcanzado, añado yo, con la seguridad de no traicionar su espíritu.

II

La obra de Labordeta es, por supuesto, poesía lírica, expresión poética de la intimidad personal de su creador: sus creencias y sus dudas, sus esperanzas y sus desesperaciones o sus desesperanzas, sus amores, sus odios y sus ascos. Pero también es poesía épica, porque con enorme frecuencia manifiesta lo que en torno a él acontece, tal como líricamente es por él vivido. Junto a su expresionismo, y como inmediato término de referencia de éste, hay que destacar la *epicidad* de la obra poética labordetiana. Una epicidad no descriptiva de lo que pudo ser, como la de la *Ilíada,* o de lo que realmente fue, como la de *La Araucana,* sino de lo que está siendo, tal como lo siente y lo piensa el poeta. Existencial la llamaré, con palabra tópica cuando Labordeta escribía, pero al margen de cualquier doctrinarismo «existencialista» en su empleo. Suceder exterior honda e inmediatamente vivido por quien de él da testimonio; nada más.

Directa, alusiva, metafórica o crípticamente expresado, el mundo de Miguel Labordeta transparece una y otra vez en su obra, desde que su ciudad natal mostró a sus ojos adolescentes el horror de una guerra fratricida, la imprevisible explosión violenta del «odio trágico del español hermano», según sus propias palabras. Ve en torno a él cómo llegó la patria «al apocalíptico barranco de catástrofes,/ a la infernal laguna de sangres inocentes»; y tras estos ingenuos, casi infantiles versos, la pregunta que de tantos modos se repetirá en su poesía: «¿Por qué?». Esto es: ¿para qué? Vendrá más tarde el tedio de una vida cotidiana —trabajos y diálogos rutinarios, devociones y diversiones rutinarias, retórica y canciones rutinarias—, en la cual no descubre interés ni sentido. Luego, a través de lecturas —los textos de historia de su formación universitaria, los libros científicos a que le lleva su viva curiosidad por la génesis y la evolución del universo—, el ori-

gen, el pasado y el presente del cosmos y de la humanidad le moverán a expresar, no por el camino real del relato, sino por el atajo de la pincelada conceptual o metafórica, lo que para él sucedió y está sucediendo en el mundo que contempla.

Origen: «En el principio fue la inquietud.../ En su abdomen/ desgarró la Materia/ y creó las palpitantes formas/ de la Vida./ Más tarde surgió el Verbo,/ surgió la Acción;/ y al mediodía/ parió la Luz,/ con el Hombre/ buceador de sombras». Pasado: «La guerra civil», «Sociedad de consumo», «Segunda revolución industrial», tres títulos de su libro inédito *Soliloquios*. Presente cósmico: «Tres mil millones de años me contemplan/ en el sollozo de la Entropía./ ¡Límite total de tanto cielo tangente/ desbordando secretos manantiales de luz/ en largas noches!». Presente histórico-social: «Muchedumbres atroces de chaquetas usadas/ avanzan en silencio/ hambrientas de horizonte/ por las roncas avenidas/ de las sirenas metalúrgicas». Futuro, más allá de la muerte propia: «Miguel se ha ido./ Es posible que un día/ dentro de millones de años/ encontremos su pulpa de cuadrúpedo/ en el tótem de una gota de lluvia/ que ansía dulcemente aniquilarse/ en el rayo de un astro fulminado».

Miguel Labordeta, poético testigo de su mundo y del mundo.

III

Hablé del *personalismo* como rasgo esencial de la poesía de Miguel Labordeta, y debo explicar el sentido con que ahora empleo esa palabra. No afirmo que el yo de su autor aparezca en la obra labordetiana como centro inmediato y patente de cuanto ella nos dice; no confundo personalismo y yoismo. Es cierto, sí, que cuando un poeta habla líricamente es su íntima realidad —su propia persona— lo que expresa; mas no su yo, no la proclamación autoafirmativa de uno mismo que el pronombre personal «yo» lleva siempre consigo. Sintiendo ante el insólito retoñar de un olmo seco la esperanza de «un nuevo milagro de la primavera», y diciendo esto a su lector, Antonio Machado habla de sí mismo, por supuesto. Pero su expresión es lírica y no es autoafirmativa —no dice «yo espero», sino «mi corazón espera»—, en cuanto que da nombre a la comunidad que entre su realidad personal y la del lector establecerá la sugestiva expresión de ese sentimiento; alude implícitamente, pues, a que, por debajo de la ocasional concreción que logra cuando deliberadamente dice «yo», la realidad íntima del poeta puede humanamente actualizarse en un número indefinido de relaciones yo-tú, y hacerse así virtualmente universal. Poesía es comunicación, dijo Vicente Aleixandre; poesía es reconocimiento de uno en lo otro y en el otro, nos dice Miguel Labordeta.

No es esto, sin embargo, lo que en el personalismo de la poesía de Labordeta veo yo. El suyo es la íntima necesidad de hacerse cuestión de sí mismo, de interrogarse acerca de su realidad como hombre y como poeta, que tan frecuentemente aparece en sus poemas; la radical perplejidad que su propio existir le produce. Movido de consumo por su peculiar modo de ser —por su *idiosynkrasía*, diría un griego antiguo— y por la alienante experiencia de su vida propia —por el hecho de que su vivir no le permite plenamente ser—, el poeta siente dentro de sí, cuando hacia sí mismo mira, la radical problematicidad a que en él da lugar ser a un tiempo «este hombre» y «hombre».

Comienza el poeta su íntima aventura descubriendo su profunda soledad. Tres son los principales modos de estar solo: el psicológico del adolescente, cuando en el niño que hasta entonces ha sido se despierta la conciencia de su individual personalidad; el psicosocial de quien en silencio advierte su ocasional insolidaridad con las personas que le rodean, la soledad del paseante entre la multitud ajena; el psicológico y transpsicológico, metafísico, en suma, del que percibe que ser persona es *poder* y *tener que* existir segregado de todo lo que existe, siendo a la vez esencialmente solidario con todo aquello de que se segrega. Tal es la soledad de quien, como dijo Aranguren, desde dentro de sí mismo siente ser «solidariamente solitario» y «solitariamente solidario»; la de quien sabe que la soledad real de la persona dista mucho de la artificiosa insularidad mental que proclama el solipsismo.

A mi modo de ver, según estos tres modos de estar solo conoció Miguel Labordeta la soledad. El modo adolescente: «Mi primer descubrimiento fue el de mi soledad, al ver mi rostro, mi amado y soñado rostro, copiado sobre el manso charco». Desde entonces hasta el fin de su vida, ¿no fue Labordeta un perpetuo adolescente? ¿No lo es acaso todo auténtico poeta, bajo los pliegues y repliegues que el curso de la vida haya impreso en su alma? El modo psicosocial: «En mi cuarto, solo, siempre solo, aun en medio de millones de hombres», y así en cien textos ulteriores. El modo psicológico y metafísico: «Lo que ocurre a este hombre/ es que está perfectamente solo». Perfectamente solo, solo en su propia realidad, solo más allá de cualquier ocasión o contingencia. «Frente a frente/ conmigo mismo/ he quedado sumido/en el abandono/ de una calavera y en espejo». ¿Huella de Baudelaire? «Límpido y sombrío cara a cara/ un corazón convertido en su espejo», dicen, vertidos a nuestro romance, dos de los más hermosos y patéticos versos del genial poeta francés. Dentro de esa constante, profunda soledad, qué torrente de solidaridad generosa es la poesía de Miguel Labordeta. Pronto lo veremos.

Antes es preciso consignar que esa soledad suya es anhelante

en dos sentidos: hacia adentro, como incertidumbre metafísica menesterosa de respuesta; hacia afuera, como ansia permanente de ser todo lo que se puede ser.

El poema que da comienzo a *Sumido 25*, primero de los poquísimos libros que el poeta publicó —«Espejo» es su significativo título—, arranca así: «Dime, Miguel: ¿quién eres tú?»; y termina diciendo: «Miguel, ¿quién eres? ¡Dime!». Preguntas que una página después pasan rápidamente de lo humano individual a lo humano genérico, e incluso a lo universalmente cósmico: «Señor/ heme aquí despoblado surgiendo entre los pájaros./ ...Sí. Decidme: ¿para qué nacimos?». Y años más tarde, en *Autopía:* «¿Quién eres/ criatura mortal/ y dolorida?»

¿Resonancia nuevamente vivida del conocido lamento de Segismundo? ¿Radicalización patética y autointerrogante del sutil análisis de la persona y de la relación interpersonal que años antes habían emprendido, cada cual a su modo, Pirandello y Unamuno? No lo creo. Desde un punto de vista histórico, las interrogaciones de Miguel Labordeta son reacción personal a la vivencia, zaragozana en su caso, de la situación de la existencia del hombre a que por entonces están dando expresión parisiense Sartre y Camus. Y desde un punto de vista filosófico, una aproximación poética a dos de las más graves cuestiones que puede plantearse la mente humana, una antropológica y otra formalmente metafísica. La primera consiste en decirse uno a sí mismo: «*¿qué* soy yo, para que en lo más íntimo de mí mismo tenga a veces que preguntarme *quién* soy yo?». La segunda procede de descubrir oscuramente el horizonte de nihilidad en que por esencia existe nuestro ser. «¿Por qué hay ser y no más bien nada?», se pregunta entonces el filósofo. No como filósofo profesional, sino como poeta de los abismos de su propia realidad, Miguel Labordeta se dice una y otra vez, espantado ante la experiencia de ese descubrimiento: «¿Quién salvará al Hombre de su Nada?». Tal interrogación, ha dicho poco antes, es «ese nombre de fuego/ que deshabita el corazón de los peces/ cuando se llaman Yo». Es decir: cuando la animalidad se convierte en consciente hominidad.

«Yo sé quién soy», afirmó una vez nuestro Don Quijote, seguro de que en su vida estaban realizándose su vocación y su ser. No pudo decirlo de sí mismo el interrogante, el menesteroso Miguel Labordeta.

IV

Fue anhelante hacia afuera la soledad de Miguel Labordeta, decía yo, en cuanto que permanentemente suscitó en su alma el ansia de ser todo lo que se puede ser. *Ansia de ultimidad,* en de-

finitiva, porque en lo último, en lo que real y verdaderamente para él es último, está la plenitud de lo que todo ente puede ser. De donde la clasificación de los hombres en dos grupos adyacentes: los que, como Sartre, piensan que lo último es en sí mismo absurdo, y en una forma o en otra tienen que acabar afirmando que el hombre y su vida son una pasión inútil, y los que con mayor o menor firmeza creen que lo último es una meta alcanzable, y con mayor o menor esperanza quieren moverse hacia ella. Entre éstos estuvo nuestro poeta. Con atrevida metáfora dirá: «Mi soledad sólo tiene un límite inalcanzado: una gota de sangre en la palma rugosa de una rosa en cenizas». Inalcanzado, sí, pero no inalcanzable; y, por supuesto, no insoñable.

Para Labordeta, la ansiada ultimidad tiene a veces concreciones ocasionales sólo sentimentalmente últimas, como la entre mítica y real mujer de que tantas veces nos habla, esa «Berlingtonia amada inexistente» hacia que se proyecta su «ansia mía dolorosa», o, más genéricamente, como las muchachas en flor a que canta este soñador célibe y misógino: «Canto a las dulces muchachas en flor/ suavemente desvanecidas/ sobre espejos desnudos y mudas ensoñaciones».

Más reciedumbre tiene en su verso y mayor vehemencia suscita en su alma la esperada, querida, anhelada realización histórica de la ultimidad a que como hombre aspira: la hermandad humana universal, la limpia y generosa solidaridad de todos los hombres, cuando en verdad hayan aprendido a ser libres y a romper fronteras. Proclamarla e incitar hacia ella es la misión social del poeta, «mágico sacerdote de cielos secretos y conducta profética del pueblo, la poesía adelante». Desde muy joven sintió deber suyo cantar «la opinada esperanza que es de todos,/ porque de todos parte y a todos va». «Por encima de los desastres, dirá más tarde a sus amigos, el poeta debe ser el eterno vigía de la esperanza humana, en su alegría creadora de un patético destino», y éste será el nervio de su personal concepción de la «poesía revolucionaria». Grita a los jóvenes: «¡Uníos, jóvenes del mundo!/ Florezcan vuestros cantos heroicos sobre la Tierra./ Abrid vuestros pechos al servicio/ de la vida y del hombre».

Pero no basta al hombre Miguel Labordeta esa ultimidad histórica que como poeta proclama. Dios, un Dios más allá de todos los posibles credos, es para él el verdadero nombre de lo último, y en la teofagia de ese Dios —fuerte manera de expresar la sed de divinización que se agita en la entraña del hombre, cuando de veras quiere ser ambicioso— ve el definitivo término de su inquietud: el búfalo de recóndito origen que se esconde en su cabeza «busca su libertad, abierto contra el viento/ el día de su muerte ya enteramente libre./ De mi parte irá a los cielos/ a devorar a Dios». No es, no puede ser más débil ni más fácil la me-

ta de la libertad humana, tal como nuestro poeta la entiende. Sólo desde tal perspectiva puede dar gracias por el hecho de existir, aunque sea en el limitado mundo con que día a día se debate: «Gracias, gracias, gracias/por cada latido de mi entraña hacia la luz/ por cada humilde poro de mi ser...»

V

Pero, en el centro de todo, la inextinguible zozobra del hombre que había comenzado su oficio de poeta preguntándose «Dime Miguel, ¿quién eres tú?» Muy poco antes de morir escribía: «He de caminar/ y aún no sé/ el nombre de la noche./ He de vivir/ y aún no sé/ si la aventura/ es un pretexto voraz/ o es una rosa lastimada». Quince años más tarde, cuando los poderosos del mundo disputan entre sí acerca de quién no será el segundo en destruirlo, ¿lo sabemos nosotros, cualquiera que sea nuestro modo de entender la vida propia y la vida humana?

Miguel Labordeta, poeta de su tiempo y poeta actual.